

DISCURSO DE CONTESTACIÓN A D. JOSÉ ANTONIO GÓMEZ MARÍN

Por VICENTE LLEÓ CAÑAL

Excmo. Sr. Director de esta Real Academia,
Excmos. Sres. Académicos,
Excmos. e Ilmos Sres.,
Señoras y Señores.

Me ha correspondido, por amable invitación del disertante y con la anuencia de mis compañeros académicos, contestar a este espléndido discurso de recepción de Don José Antonio Gómez Marín, lo que constituye, para mí, a la vez un honor y un motivo de desazón. En efecto, ingresado yo mismo no hace tanto en esta Casa, es la primera vez que me enfrento a semejante tarea, plenamente consciente, como soy, de que no es fácil glosar la vida y la obra de la persona a quien me dirijo, prolífica tanto en el plano intelectual como vital. Pero tampoco quiero perder tiempo alegando mis carencias en un vano intento de *captatio benevolentiae*: la materia que nos ocupa hoy es lo suficientemente interesante al igual que su ponente como para que prescindamos de los formulismos convencionales y entremos directamente en materia.

Conozco a José Antonio Gómez Marín, creo, que desde aquellos años portentosos de 1992; recuerdo que coincidimos en la exposición titulada *Circa 1492*, en la Cartuja, y que, después de ver una serie de obras maestras de esa época, terminamos hablando de aquella personificación de la más exquisita cultura del Quattrocento, Federico de Montefeltro, Duque de Urbino, de quien se incluía un

relieve en mármol con su inconfundible perfil. Desde entonces seguí sus columnas periodísticas con empeño, pues encontraba en ellas reflexiones y argumentos que me parecían de bastante mayor calado intelectual y literario que lo que encontraba habitualmente en los medios escritos.

Pero realmente yo no conocía casi nada de la persona en sí; no conocía ni su formación, ni su trayectoria, ni su obra; ha sido el hecho de tener que contestar a su discurso el que me ha obligado a introducirme, siquiera mínimamente, en estas materias. Pues, en efecto, así como sobre el tema de su discurso creí poder defenderme, siendo su materia la azarosa vida del humanismo español durante el Siglo de Oro, algo sobre lo que he trabajado, mi ignorancia sobre su autor, del que sólo conocía entonces que era periodista, era insondable.

Cuando me he enfrentado con los datos biográficos de José Antonio Gómez Marín, debo admitirlo, la primera pregunta que me ha asaltado es ¿cuántas vidas pueden vivirse en una sola?; ¿cómo son posibles tantos cambios de trayectoria a lo largo de su vida, por más que sepamos que en algunos casos se debieron a circunstancias que escapaban de su voluntad?. ¿Cómo se puede transitar con igual *sprezzatura* por la poesía como por el ensayo, por la crítica literaria como por el estudio sociológico? ¿Cómo se puede estudiar Ciencias Políticas y Económicas y luego Periodismo y además ser Técnico de la Administración Civil del Estado? ¿Cómo se puede, en fin, impartir docencia en la Complutense y en la Hispalense y, además, trabajar como técnico en el Ministerio de Agricultura y luego en el gabinete de Presidencia de la Junta de Andalucía? Todas estas cosas y muchas más son José Antonio Gómez Marín y aquí no podríamos abarcarlas todas. Pero debemos, al menos, reseñar unas pocas más, como sus colaboraciones en la *Revista de Occidente* o en la mítica revista *Triunfo*, a cuyo Consejo de Redacción perteneció o, en fin, como su actual relación con el periódico *El Mundo*, a cuyo Consejo Editorial igualmente pertenece. ¿Pero cómo dejar mencionar, por lo menos, otras obras como su ensayo *Bandolerismo, Santidad y otros Temas Españoles* (1972) o sus estudios sobre el Obispo reformista Juan Bernal Díaz de Lugo o sobre la sociedad de la época vista a través de la obra de Valle Inclán?

Ahora bien, si hay un elemento de persistencia, de continuidad, en esa agitada peripecia vital e intelectual, sin duda este

estuvo representado por el magisterio del eminente Catedrático de la Complutense don José Antonio Maravall, de quien Gómez Marín se ha declarado siempre abiertamente discípulo. No es este el momento ni la ocasión de hacer una ilustración de tan excelente maestro, compendio de la auténtica tradición universitaria en la transmisión, no sólo de saberes, sino también de valores; baste decir que, como ocurre con los auténticos maestros, sus discípulos –y fueron muchos– constituyeron la más preciada recompensa a su vida de trabajos y, a veces, sinsabores.

Conviene, sin embargo, señalar aquí al menos algunos rasgos de lo que, por comodidad y en la medida que conectan con José Antonio Gómez Marín, podríamos denominar el “método histórico” de Maravall; método que hay que situar en el contexto de una Universidad española todavía mayoritariamente anclada en una historiografía positivista, mientras que Maravall buscaba, no el relato ordenado de los hechos pasados, sino la comprensión de sus causas, su ubicación en el complejo entramado de valores y creencias que la sociedad posee en cada momento. Sin duda tuvo que ser la relación de este Maravall más internacional con el mundo intelectual francés, durante sus años como director del Colegio de España en París, primero y luego como profesor asociado en la Universidad de la Sorbona, la que catalizaría en esa actitud más reflexiva y abierta, atenta a fuentes usualmente menospreciadas por los historiadores convencionales, que, en aquellos momentos era radicalmente novedosa. Efectivamente, tales nociones deben relacionarse con el discurso dominante en la *École des Annales* por esos años, con Lucien Febvre y su “Historia de las Mentalidades” o con conceptos como el de *episteme* tan brillantemente teorizado por Michel Foucault en su *Archeologie du Savoir* de 1969.

Ese primer acercamiento universitario de Gómez Marín a estos nuevos instrumentos de análisis histórico, lingüístico, sociológico, liberadores del rígido corsé de la crítica marxista, tendría su continuidad de primera mano en los años pasados por él mismo en París, una ciudad alumbrada entonces por el riquísimo debate intelectual que llevaría desde la “Historia de las Mentalidades” de Lucien Febvre hasta la “Nueva Historia Cultural” de Roger Chartier, con su énfasis en la interdisciplinariedad. Y, sin duda, aquí fue donde se formó el dispositivo historiográfico que, a fin de cuentas, nos

ha traído aquí y ahora, a la audición de su discurso *El 'Tesoro' de Covarrubias. Lengua y Saber en la España Manierista*.

Hay que señalar, antes que nada, que lo que nos ha ofrecido aquí hoy, José Antonio Gómez Marín, es, podríamos decir, la substancia, el tuétano de un trabajo de mucha mayor amplitud que confiamos ver pronto publicado en su integridad; pero, incluso en tan breve epítome, son tantos los puntos sensibles que toca de la *krysis*, en el sentido original del término griego, acaecida en la España en tránsito del siglo XVI al XVII, son tantas las sugerencias que nos sorprenden, que necesitaríamos para contestarlo correctamente una extensión probablemente mayor que la del propio discurso.

La crisis del Siglo de Oro español, pues esa es su denominación más habitual, sigue siendo, en efecto un Campo de Agramante historiográfico, objeto de un interminable debate cuyos protagonistas a veces parecen más interesados en defender sus prejuicios ideológicos que en desentrañar sus aspectos esenciales; pocas veces, por tanto, pueden verse los frutos de un trabajo paciente y sostenido, como el que hemos tenido ocasión de escuchar ahora. Resulta, desde luego, posible analizar la *episteme* de un lugar y momento histórico determinados a través de vías de muy diversa naturaleza; el mismo Foucault lo hizo magistralmente en *Les Mots et les Choses* de 1966 analizando el discurso científico moderno, es decir, investigando en los confines de lo *pensable* y lo *decible* en ese momento histórico; Gómez Marín ha utilizado el mismo esquema para analizar una obra capital de la cultura española: el *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, de Sebastián de Covarrubias, publicado en 1611.

Pero su discurso va más allá de lo enunciado, pues ha rastreado también la vida y el contexto social del autor, es decir, nos ha permitido asomarnos, a través de su persona, a su complejo mundo, a esos “tiempos recios” que decía Santa Teresa, donde las tensiones entre el irenismo teñido de erasmismo tan fuertemente arraigado en la España de la primera mitad del siglo XVI se vio confrontado por un movimiento de Reforma Católica cuyas directrices quedaron definidas en el Concilio de Trento, cuyas sesiones concluyeron en 1563.

No podemos aquí entrar en las consecuencias de todo orden que tuvo esta confrontación entre dos formas de entender la espiritualidad cristiana en la encrucijada de mediados del siglo XVI; baste pensar en el caso del atroz juicio inquisitorial contra el

Arzobispo de Toledo y Primado de España, Bartolomé de Carranza, que duraría cerca de 17 años. Pero sí debemos reflexionar, como hace Gómez Marín, en sus consecuencias para el mundo del Humanismo español en general.

Como es bien sabido, el Humanismo, desde sus inicios en el mundo italiano, con personajes como Giovanni Pontano o Pico della Mirandola, se había definido por su confianza en la capacidad de discurrir de la inteligencia humana, libre de ataduras a la tradición y esta actitud presentaba algunos peligros. En efecto, si los primeros humanistas del Quattrocento, como Poggio Bracciolini el “descubridor” de Vitruvio, se especializaron en editar correctamente a los grandes autores clásicos, despojándolos de las corrupciones y confusiones con que habían llegado desde los *scriptoria* medievales, otros humanistas no tardaron en aplicar ese método de exégesis filológica a textos religiosos; sus consecuencias serían, por un lado, la libre interpretación de la Biblia, que triunfó en el mundo protestante; por otro, la denuncia de ciertas falsificaciones históricas, como el caso bien conocido de la llamada *Donatio Constantini* expuesto por Lorenzo Valla en 1440.

El potencial disruptor que tales análisis filológicos podían llegar a tener no escaparía a la censura inquisitorial, especialmente en España; Gómez Marín señala la *exculpato non petita* de Covarrubias cuando glosa en su *Tesoro* términos como Esperanza, donde termina “y lo que aquí he dicho someto a su corrección y principalmente a la Santa Madre Yglesia, como yo lo tengo protestado en el principio desta obra”. Podemos añadir que esta actitud de prevención se había extendido hasta extremos realmente sorprendentes; así, en uno de los *Coloquios* del humanista sevillano Pero Mexía, publicados en 1561, uno de los interlocutores advierte a otro que había dicho que le repugnaba comer tocino que “a muchos donaires que diga desos, le harán pasar la puente” es decir, le llevarían al Castillo de San Jorge, sede de la Inquisición, por sospechoso de judaizante, o el predicador Padre Cabrera, citado por don Américo Castro, quien afirmaba “Habemos venido de un extremo a otro, que por no ser hipócritas, han dado los hombres en ser disolutos y parecerlo, como el que por no ser hereje, dio en ser necio y no quiso saber leer”, o, en fin, el propio Cervantes, quien en su entremés *Los Acaldes de Daganzo*, hace decir a uno de sus protagonistas que las letras “llevan a los hombres al brasero”

Este es el contexto vital de España y del Toledo en el que se mueve Covarrubias quien, como tantos otros intelectuales de la época, descendía de familia de conversos, y, por ello, veía restringida notablemente su capacidad de ascenso social. Pese a todo, su carrera fue sorprendente: Canónigo de la Catedral de Cuenca, Capellán del Rey Felipe III e incluso consejero del Sano Oficio, su ascensión sólo fue posible por la protección que le dispensara su tío el Obispo de Segovia, don Diego de Covarrubias, mas tarde Presidente del Consejo de Castilla.

Pero don Sebastián, a pesar de esta actividad tan expuesta, de sus viajes y estancias lejanas, siguió trabajando afanosamente hasta el final de sus días en su *Tesoro de la Lengua*; de hecho el libro sólo fue publicado tras su muerte. ¿Qué impulsaba al humanista toledano a continuar en su tarea, una tarea que, como ya hemos oído, conllevaba sus riesgos? Gómez Marín lo ha expuesto con claridad: el afán, en realidad paneuropeo, por unificar el lenguaje, por pulirlo y normalizarlo, por hacer de él, desde luego un instrumento del Imperio, como es bien sabido, pero también un instrumento del conocimiento, en una época que este se expande vertiginosamente. Si quisiéramos ilustrar de un modo elocuente esa necesidad sólo tenemos que recordar a Leonardo da Vinci, que fiaba mucho más al dibujo que a las palabras la exposición de sus conocimientos empíricos; de hecho, un análisis reciente de sus escritos ha demostrado que primero dibujaba las ilustraciones y luego escribía su texto en los intersticios.

Quisiera terminar estas breves reflexiones sobre el discurso de nuestro compañero José Antonio Gómez Marín, con dos hechos que me han resultado sumamente interesantes desde el punto de vista sociológico y que se transparentan con claridad en su relato biográfico de Covarrubias. El primero es el análisis que hace de esa extensa familia castellana de Covarrubias y Horzcos que mayoritariamente pasaron a formar parte de una meritocrática burocracia eclesiástica. Ya hace años don Julio Caro Baroja nos dejó en su libro "El Señor Inquisidor y otras vidas por oficio" un brillante estudio de este fenómeno social en la España de la época: el carácter básicamente *profesional* de la carrera eclesiástica, incluso dentro de la Inquisición, alejada, pues, de misticismos o truculencias; en su mayoría fueron, sencillamente, funcionarios con la mentalidad propia de los mismos.

Para los Covarrubias y Horozcos, la carrera eclesiástica fue también una vía de ascensión social imprescindible.

El otro aspecto verdaderamente notable que se deduce de la biografía es la vinculación de la familia del protagonista con arquitectos; en efecto, estaba emparentado nada menos que con Alonso de Covarrubias, autor de obras tan capitales como el palacio episcopal de Alcalá de Henares o el Hospital de San Juan Bautista de Toledo; con Enrique Egas, figura clave en la transición del gótico al clasicismo, o con Juan de Horozco, activo en la Catedral de Toledo. Lo más interesante de esta relación es que ilustra el ascenso social de los antiguos “maestros de obras” o canteros, al *status* de arquitectos, capaces pues de relacionarse con familias de la burocracia eclesiástica toledana.

Un discurso, pues, el de nuestro compañero José Antonio Gómez Marín, rico en sugerencias, denso en erudición y ágil en la expresión, que se convierte en el mejor augurio para esta Real Academia que incorpora, en este acto, a tan relevante académico. Enhorabuena para ambos, el nuevo Académico y la vieja Academia.